

La tragedia del amor imposible

El público

Federico García Lorca (1930).
Escenografía y vestuario: Fabià Puigserver con Frederic Amat.
Dirección: Lluís Pasqual. Teatro María Guerrero de Madrid, 16 de enero.

EDUARDO HARO TECGLÉN
Nunca creí que los textos que forman *El público*, de Lorca, supusieran una obra homosexual, sino una tragedia del amor como acto incompleto o imposible; como un fracaso de la totalidad amorosa sexual, como aparece constantemente en su teatro de símbolos heterosexuales. La tensión homosexual que efectivamente aparece en toda la escritura, y ahora en la representación, es una parte expresiva de un todo amoroso.

Cuando se acude a una primera representación de un texto y un autor muy conocidos no se pueden evitar los prejuicios; se tiende a creer que la lectura hecha por uno mismo es lo que vale, y esto puede llevar a la injusticia de no aceptar la interpretación dada por el director de escena, o a la facilidad de encontrar en ella corroboración a lo que se pensaba. En este caso, he sentido la tendencia de creer que Lluís Pasqual ha entendido la obra en este mismo sentido de lo trágico y lo imposible, de la persecución del uno por el otro de los amantes, huida siempre por la transformación, por la ~~transmutación~~ de la materia amada;

que ha unido sin suturas visibles los distintos fragmentos hasta darles una unidad y que ha exaltado, sobre todo, lo que parece básico en la obra: la angustia entre lo real y lo fingido, tomada por la metáfora del teatro, de lo que subyace en el teatro o lo que debe salir al aire libre y crear una posibilidad de transformación.

Sería *El público*, incluso, un auto sacramental invertido, una eucaristía laica; casi el revés de lo que fue *El gran teatro del mundo*, o una especie de rebelión contra la idea calderoniana del Autor Omnímodo y las formas de libre albedrío: el mismo título de *El público* sería, si se aceptase ese caso, la toma de posición o de conciencia del otro extremo de Calderón. Quizá no menos pesimista, pero sí con una ambición libertaria. Cuando se habla en esta obra de la destrucción del teatro no sólo se está diciendo algo al pie de la letra —teniendo en cuenta el enfrentamiento de Lorca, en su momento, con el teatro dominante—, sino el de un orden establecido, el de unos residuos ideológicos de una violencia sobre el amor y el sexo: habrá que repetir que como todo su teatro y como toda su poesía: algo que le llevó a la muerte.

Creo que la labor artística de Lluís Pasqual es la de hacer todo esto ostensible con un texto evidentemente incompleto, en el que su autor había sido críptico en el lenguaje y en la superposición de escenas, pero al mismo



ROS RIBAS

Alfredo Alcón y Asunción Sánchez, en un momento del estreno de *El público* en Madrid.

tiempo sincero y espontáneo en la expresión de su forma de pensamiento trágico. La forma de unidad que da a un texto desunido, la continuidad de acciones tan evidentemente dispares como la crucifixión y las siete palabras con la canción del *pastor bobo*, la cuidadosa elaboración de metáforas escénicas son los valores esenciales que creo encontrar.

Hay una buena interpretación de conjunto, rota por algunas intervenciones pésimas, pero elevada por otras: por el ímpetu desgarrado de Alfredo Alcón,

por la cantidad de matices de voz y colocación de Pedro María Sánchez, sobre todo en su relación con Maruchi León en su metáfora de Julieta.

Para saber la acogida del público habrá que esperar más tiempo. El aforo está enormemente reducido por el aprovechamiento de todo el espacio para escenario, y el par de cientos de localidades disponibles estaba repartido de antemano entre espectadores *de calidad*, de forma que el verdadero público —el que da título a la obra— tuvo que estar ausente.